

FERNANDO SOTO CAMPOS



Conocí a Fernando Soto a mediados de la década de los sesenta del pasado siglo, cuando él se ejercitaba en uno de los desempeños que más le cuadró en vida, la consideración de Preceptor, cumpliendo esta noble tarea en la Escuela de Magisterio Blasco Vilatela, rémora docente de la que fuera centro espiritual de largas promociones de hombres de Juventudes, la Academia de Mandos José Antonio, sita en Mantuano 51, junto a Pradillo y próxima a López de Hoyos, en la ciudad de Madrid.

En ese centro residía y cumplía sus funciones Fernando, el arquetipo de educador juvenil, y hacia aquel lugar fluían de continuo mis pasos y correrías festeras, con ocasión de encuentros profesionales, permisos y vacaciones, movidos aquellos por necesidad de aventuras, tras destino incómodo, aburrido y lejano, en calidad de Maestro Instructor de Juventudes, en Ceuta, beneficiándome en el citado centro de prolongadas pernoctas y manutenciones que fueron socorridas por “mandos” de aquella academia espartana, que atendían con hospitalidad, al modo templario.



Desde Mantuano 51 y en el transcurso de los sesenta, tuve la suerte de hilar mi vida a Fernando, trenzando con él una larga y profunda amistad, rayana en devoción feudal, sin que hubiera lazo alguno de vasallaje, aunque sí de fidelidad sostenida, sorprendiéndome una cualidad, su bonhomía, que se traducía en atenciones discretas, consejos sabios y sonados afectos, a su manera, que repartía y distribuía, sin empaquetar y a granel, entre aquellos próximos que gozaban de su compañía, experiencia, docencia y presencia vital.

La noche fue siempre su leal compañera. Fernando gozaba en la noche, momento y lugar que servían de fulcro para alimentar su alma de poeta y espíritu, palancas que gatillaban a la elaboración de sentimientos, a fin de construir y elevar hacia los cielos un Cristo desmadejado y sufriente, a la par que se conmovía con versos y palabras bien dichas, hasta el punto de que fuera conocido por hombre redicho y bien hablado, no consintiendo a ciertos brutos felices que de continuo innovaban palique, degradando con las maldichas chácharas la basura en el lenguaje, y comprobar su ofuscación y revolicamiento hacia aquellos malentretidos y trajineros del vocablo sucio con la expresión lapidaria de que se enjuagaran la boca y tiraran de la cadena.

A principio de los setenta, tras cuatro años de silencio, debido a destinos profesionales y avatares de la vida, tanto de Fernando como de la mía, que no apagó la llama de la amistad, tuve el goce y afortunada suerte de cruzar mi vida con él, tras reconocerle en una calle próxima a la Plaza de Oriente, participándome, tras abrazos y atropellos de palabras, que se hallaba en una encrucijada vital y extraordinaria

aventura, tras excesivas reglamentaciones y circulares organizativas, consistente en la construcción de una arquitectura poética de la Organización Juvenil Española que sirviera de gran portada a la Promesa, necesitada aquella Organización de filosofías y ambages novedosos, animándome a la construcción de ese castillaje, tarea que sin duda acepté de manera generosa, no sólo por el espíritu que transfería aquella organización juvenil sino por el alma de Fernando, que siempre estaría tras ella. Y de ese modo entregué, de manera generosa, a la guisa feudal, muchísimo tiempo libre, compartiendo con Fernando la carga ilusionante y afectiva de construir una organización juvenil que pretendiera su camino en hacer sus pasos hacia la búsqueda de novedosos valores, entre otros solidaridad, tolerancia, amor a la naturaleza y en esa marcha orientara de vez en cuando la mirada hacia un Cristo desmadejado que necesitaba de personas limpias y talladas en madera de barca.

Y al hilo de la limpieza, Fernando fue un prototipo de pulcritud, no sólo en su vestimenta, elegantemente discreta, por añadidura gris, con tinte azulado, sino por el buen uso de la palabra y locuacidad, sin que le atañera expresiones de mal gusto, buscando en cada expresión el término preciso y oportuno que sirviera para entrelazar a un sujeto con su acción y predicados, construyendo así oraciones lógicas e inteligentes, pregonando mente ordenada, privilegiada, correcta y adecuada, trasladando este modo de ser a la escritura, muy cuidada y esmerada en una obra que se organizó y construyó en el transcurso de las noches, donde firmábamos conjuntamente sueltos de “puntos para debate”, en el marco del Plan de formación de la OJE, 1973-74.



Y en los silencios de la noche, a la alusión mía de que muchos delinquentes juveniles clavaban en sus brazos rótulos con el lema “amor de madre”, Fernando me respondió con el alegato “mira Julio, a qué punto me quería mi madre que, cuando se enteró de que no había fallecido en la guerra civil, salió de rodillas de casa para arrastrar su cuerpo por los pedregales del camino hacia la ruta lejana de la ermita de las Nieves, Pontevedra, y rezar plegarias de alegría. Así escribió mi madre su amor”.

Por demás, ya son tópicos, sus enormes capacidades, mostradas en revistas al uso, a través de complicados montajes de estructuras campamentales y acampadas de fortunas, así como manualidades, fotografías, cabuyería, y cualquier quehacer que exigiera imaginación, fantasía y arte, acabando su obra final, que compartí y colaboré, mostrando mi mucha torpeza, por no ser avezado con las manos, y de esa guisa tallar y esculpir la enorme piedra redonda icónica, depositada en el campamento de Covalada, ubicada al lado del río Duero, entre el comedor y el raso de la Nava.

Y al final, Fernando, te fuiste a los cielos con tu Cristo desmadejado y sufriente, calladamente, en silencio, sin que tú, mi auténtico y radical Preceptor, tuvieras conocimiento de que tu ejemplar bonhomía y enseñanzas fueron, tal vez, los mejores recursos y curriculares para que, pasados los años, tras tu fallecimiento, el 27 de Noviembre de 1974, SS.MM.RR me designaran Preceptor de SAR el Príncipe de Asturias, tarea que cumplimenté nueve años, manteniendo fielmente los

procesos educativos de maduración y socialización, acorde con tus reflexiones, experiencias y vivencias.

Con tu silencio final, Fernando, nos dejaste por un tiempo "sordomudos", tanto a seres queridos, como a educadores de juventud, y por extensión, a la inmensa muchachada de la Organización Juvenil Española que te admiraba con afecto, en señal de deferencia y luto.

Yo quedé lastrado en los llanos de la tristeza y desazonado, sin cura, tras cuarenta noches y otros días que corrieron.

Julio de Antón

Educador juvenil - Expreceptor de SAR el Príncipe de Asturias

UN MAGISTERIO CONSTANTE: RAMÓN ESTRUCH



Ramón Estruch Batlle, Dirigente de la Organización Juvenil Española, Maestro Nacional, Director de la Escuela Primaria, camarada y amigo, se nos fue un 29 de abril de 1995.

Aquel fin de semana celebrábamos un Albergue de Formación de Mandos y Dirigentes, donde intentábamos afirmar y acerar otro eslabón de la

cadena en la aristocracia del servicio, y la noticia nos dejó helados. Sin embargo, continuamos con el programa previsto, aun con el corazón encogido: era lo que Ramón hubiera querido y ordenado.

Porque Ramón Estruch, educador de profesión, de vocación y, sobre todo, de ilusión, reunía en su personalidad el sentido etimológico pleno del "magister" romano: jefe, conductor, maestro. Y hacía de su "magisterium" lo que también integraba este término en la Roma Clásica: jefatura, dirección, enseñanza, doctrina y consejo. Magisterio, además, en todos los ámbitos de su vida: maestro en la escuela, maestro en su familia, maestro en sus Campamentos, maestro en la OJE; maestro para sus discípulos, para sus hijos, para sus camaradas.



Aprendí de muy niño a vincular el apellido Estruch con la tarea educativa: su padre, don José, aconsejaba a mi madre, maestra sustituta en mi propio colegio; el mismo Ramón, y sus hermanos Jaime y José, camaradas de mi padre en una legendaria Centuria "Amarilla" barcelonesa. Yo velé mis armas de Jefe de Centuria, con "vieiras" recién estrenadas, en sus turnos del "Roger de Flor" de Santa María de Marlés; conocí a sus hijos -Flechas entonces y mandos después-, con quienes he compartido, debatido y aprendido mucho... (Y ahora también mis hijos comparten, debaten y, sobre todo, aprenden con otro Estruch, que, para más incisión pedagógica, lleva por segundo apellido el de Manjón).

Pero mi figura de referencia era, indudablemente, Ramón, el del carácter aparentemente duro e impaciente, el

de la grandeza de corazón, capaz de discutirse con el lucero del alba y abrazarse con él al cuarto de hora, porque el lucero del alba también era el camarada, esto es, el hermano de ideal, de esfuerzos, de magisterio.

¿Era Ramón duro? Se le podría llamar así, porque, como pedagogo de aula y no de despacho oficial, entendía que la educación era exigencia y no atención al melindre del educando. Pero su exigencia venía del amor y estaba impregnada de amor, que es el sustento de toda verdadera Educación. Por eso, su armazón de dureza se desmoronaba pronto, tan pronto como lo conocías y te conocía. Y entonces resplandecía esa grandeza de corazón que sólo tienen quienes se exigen a sí mismos más que a los demás.

¿Era Ramón impaciente? Se le podría calificar de "impaciente del educar", pero sabía -como la experiencia nos ha hecho aprender a todos- que la labor del maestro es una larga prédica en el desierto, un goteo constante que consigue, finalmente, que brote la rosa de una roca, como decía una poetisa: educar es una inversión de futuro, nunca a corto plazo, y, sin embargo, un curso de mando o de dirigentes exige resultados casi inmediatos, casi de academia militar... De ahí su impaciencia. Pero, desde el Cielo, Ramón ha comprobado que, hoy, toda la OJE de España, incluida la que no llegó a conocerle (que cada día es más abundante y eso es buena señal, a Dios gracias) es discípula suya.

En Ramón, cada palabra y cada gesto eran enseñanza: de compromiso, de servicio, de ejemplo, de disciplina, de españolidad en catalán y, cuando la situación lo merecía, de rebeldía. Rebeldía, sí, porque quedaban en él los rescoldos

esenciales y permanentes de aquel "sueño robado", de su adolescencia y juventud primera, y que conste que es frase prestada de otro de sus hijos, poeta por más señas. Por todo ello, era la representación viva de la constancia frente al desaliento (más que "inasequible" era "incombustible") en las tareas del día a día de la Organización Juvenil Española.

Esos son los motivos de que no osáramos alterar el programa del Albergue de Formación de Mandos y Dirigentes aquel 29 de abril... ¡Menuda bronca nos hubiera soltado Ramón!

Manuel Parra Celaya



JULIO NAVARRO MOLINA **“JULITO”**

**"Figurinista, Coreógrafo,
Actor, Director"**

Si una terrible enfermedad no se hubiese llevado para siempre a Julio Navarro Molina, hoy sería un hombre feliz y ocupado, a él le hubiesen correspondido, por méritos propios, el hacer de las presentaciones un espectáculo, llenando de genialidad cada celebración, cada velada, cada acto.

Julio Navarro, Julito, era de profesión farmacéutico, aunque lo



que más le gustaba era sentarse en la mesa camilla de la trastienda para conversar, pero, en realidad, tenía dos grandes amores que le acompañaron toda su vida: el teatro y la OJE. Incluso, de vez en cuando, en tono de broma, comentábamos si su carrera no habría estado influenciada por el personaje de D. Hilarión.

Han pasado los años, Julio, pero han permanecido tus enseñanzas, tus textos, tus canciones, siempre con el seudónimo de Jesús Andradas, a través de ellos ha perdurado el recuerdo, inevitablemente te haces presente cada vez que una joven generación hace suya esa canción de "Tu Horizonte", donde pusiste letra a esos valores por los que muchos luchamos. También hemos sentido tu presencia en cada Curso de Formación de Cuadros donde fuiste, y sigues siendo, todo un referente por los méritos acumulados. ¿Quién puede no admirar ese compendio de virtudes y de estilo que, con el nombre de "El afiliado", dejaste como obra póstuma?. Esa reliquia que paseaste por toda España, haciendo "bolos" dentro de nuestro "Horizonte", cuando ya sabías que estabas perdiendo, en lucha desigual, la batalla por tu vida.

Te recordamos, Julito, pero no presos de la nostalgia, sino por tu testimonio, por tu sentido del servicio, por esa polivalencia que te permitía, con la misma facilidad con la que interpretabas a cualquier personaje, hacer un patrón y coserlo, cantar con tu voz atiplada una zarzuela o un tango, o dar una charla magistral sobre mil temas, a la sombra de un pino centenario que previamente habías elegido, a modo de coreografía, para que tu mensaje calase en lo más hondo. Así eras y así sigues siendo en nuestra memoria: exigente, perfeccionista, genial, leal. Incluso, cuando se te desbordaba

el genio, era casi siempre producto de una sublime interpretación que muchas veces anunciabas el día de antes.

Fuiste, Julito, irreplicable, distinto, genial, culto, minucioso, exigente hasta repetir un trabajo entero por una falta de ortografía, cuando los textos no quedaban aún en la memoria de un ordenador. Amante de la familia, la pasión por tu madre, y de tu pueblo, Yunquera de Henares, que, cada año, se vestía de gala para asistir a los estrenos de uno de sus hijos más distinguidos ¡qué éxitos con aquellas zarzuelas que tu convertías en verdaderas antologías del género!. Y, además, siempre con artistas locales y con la ayudita de algún oriundo de la OJE.

Nos enseñaste muchas cosas: de la vida, de la OJE, del Teatro. Cerramos los ojos y te vemos en "los Intereses Creados" de Jacinto Benavente, diciendo, sintiendo, esas frases que, cuando se viven con pasión, hacen que muchos comprendamos que en el teatro, como en la OJE, hay algo importante en nuestra misión y que no termina, ni siquiera cuando todo se acaba.

"El hilo del amor, que a los humanos, como a esos muñecos que semejan humanos, les hace parecer divinos, y trae a nuestra frente, resplandores de aurora y pone alas en nuestro corazón, y nos dice que no todo es farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida que es verdad y que es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba".

Con nuestra admiración, hemos de levantarnos y exclamar, una vez más: ¡Bravo, Julio! ¡Bravo! ¡Bravísimo!

Ángel Abad Ayuso



ANTONIO DÍAZ BUENO UN HOMBRE DE BIEN, UN HOMBRE DE DIOS



Normalmente buscamos en el sacerdote a un amigo, a un confidente en el que encontrar ayuda y comprensión; esperamos encontrar en él a un hombre prudente y bien preparado, capaz de ofrecernos orientación certera en nuestras "guerras" y en las noches de la fe. Pero ante todo, deseamos que el sacerdote sea un hombre de Dios.

El sacerdote, "puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios" (Hb 5,1), buscamos que sea un poco mediador o prolongación del verdadero y único Mediador entre nosotros y Él. Pero, ante todo, un hombre y de Dios en lo más profundo de su ser, de sus sentimientos, de sus pensamientos, de sus intenciones y de sus acciones.

El cura Antonio. El Pater, fue eso.

En un tiempo en el que, injustamente, estaba mal visto acompañarnos o hasta mostrarse cercano, Dios lo sabe, Antonio, decididamente, estuvo siempre a nuestro lado, para recordarnos que Dios estaba allí, "acampando entre nosotros" siempre.

Para recordarnos que no debíamos perder la fe

Para recordarnos que Él debía ser el centro de nuestras vidas y que por Él tiene una dimensión más valiosa, nuestra Promesa, nuestro compromiso, nuestro lema.

Como auténtico Pater, nos enseñó el camino hacia el Padre, nos recordó lo que Dios espera de nosotros y lo que en justicia se le debe. Luz para nuestras conciencias y maestro de nuestra oración. Supo alimentar en nuestros corazones la nostalgia de Dios y nos mostró que nuestra ciudadanía definitiva está en el cielo.

Aun le recuerdo en aquel campamento en el que le conocí y me regaló, como a tantos otros, un pequeño crucifijo que, a modo de llavero, nos aconsejaba que lleváramos siempre encima.

Tantas y tantas horas de reunión, de caminar pausado por el monte o por la calle. Siempre había un motivo para retomar conversaciones interrumpidas hace tiempo, para preocuparse por mi familia o para mostrar interés por cualquier proyecto que llevara entre manos.

¡Cuántos bautizos a hijos de gente de OJE! ¡Cuántas Misas, Comuniones, Confesiones! Siempre nos acompañó a ver al Apostol Santiago. Estuvo a nuestro lado cuando, en el XXV Aniversario, fuimos a Sevilla a imponer la "F" de oro a San Fernando ¡Cuántas Bodas de gente nuestra! No sé si el que me lee lo sabe, pero os enteráis ¿Sabéis que casó a José Ignacio y Malu? Ahí queda eso.

La última vez que le vi, acompañaba a José Ignacio y a Ángel Abad a ver al recién nombrado, entonces Cardenal Monseñor Rouco. Aquella reunión llena de anécdotas (que



dejo para otro), fue la última oportunidad de compartir un tiempo de su humanidad, sencillez y bondad.

Si a un hombre se le valora por sus obras. Aquí estamos todos nosotros que, con cabezonería, nos mantenemos fieles a lo que siempre nos enseñó. "Por sus frutos los conoceréis". No sé si el fruto es bueno o es malo. Eso les tocará a otros valorarlo. Lo que es seguro es, que el Cura Antonio, no se fue con las manos vacías.

"No me elegisteis vosotros, sino que yo os elegí, para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca" Jn 15, 12-17

Un "siervo bueno, fiel y prudente" que a tantos dejó una huella imborrable.

Javier Boix



MANUEL ALVARADO ROMANO



**“SE MARCHÓ AL LUCERO
QUE
EN EL CIELO LE
ESPERABA”**

Aún no ha amanecido y hay estrellas todavía. Voy a vestirme de estrella para amanecer temprano, si quieres hacer camino, vente conmigo, dame la mano. Alumbraremos el valle, correremos junto al viento,

conquistaremos las cumbres, compartiremos el nuevo aliento...

Pero ya no estás, ha amanecido y no estás, has partido hacia el cielo cuajado de luz donde está la mejor juventud. El Señor, Jefe de la Campa Celestial, te ha convocado -Él siempre llama a los mejores- y tú, siempre presto para el servicio, has partido sin hacerte esperar, sin pausa. Tu mochila estaba preparada, llena de amor, de amistad, de camaradería, de obra bien hecha y tarea realizada, de servicio a los demás, de preocupación por los demás... Te has vestido de estrella y has emprendido la última etapa de la marcha, la que te lleva al puesto que tienes allí, a tu lucero, a la tienda de lona blanca que el Señor te tiene preparada.

Acamparás y formarás escuadra con los elegidos, con Fernando Soto; Ramón Estruch; Julio Navarro;... y con un almogávar de Pardominos, "Chuse"... ya sabes, dale un abrazo. Te estará esperando para guiarte a tu tienda.

El sol ha amanecido, pero la mañana es gris, el sol calienta pero sentimos frío, no vemos luz, no podemos hablar, sentimos en el pecho una enorme opresión, en la garganta una piedra nos impide articular palabra, sólo balbuceos, palabras entrecortadas, no sabemos qué decir, deambulamos, no sabemos explicarnos lo que ha pasado. Nos miramos a los ojos, ojos rojos y humedecidos por lágrimas e intentamos consolarnos unos a otros sin conseguirlo. Tus camaradas, en esta mañana de tu partida, hemos perdido la ilusión, hemos perdido al amigo, al camarada, al hermano. Te hemos perdido,

hemos perdido tu alegría, tu rigor y pulcritud a la hora de programar y desarrollar actividades, la constante búsqueda de solución dialogada y acertada, tu forma de ser y estar, que nos servirá de ejemplo.

En mis ojos está lo que he ganado, en mis manos está el posible afán, un mañana que entregue a los que lleguen mejorada la herencia que me dan. Ha llegado tu mañana y avanzando con tu verdad hoy devuelves mejorada con creces la herencia que se te entregó. Un día quise ser tu enseñante y hoy soy tu enseñado. En el caminar junto a tí por caminos, valles, ríos y montañas, he aprendido la consigna de alegría y humildad, de camaradería y de amistad, de trabajo y de servicio, que con tu actitud siempre has pregonado y has vivido. Has dejado huella y has encendido tu hoguera en el mar. Marcharás tranquilo, con la tarea realizada y la obra bien hecha.

En las noches estrelladas, cuando desde tu lucero veas una marcha o una acampada de la OJE, haznos un guiño a modo de destellos, sentiremos la tranquilidad de que sigues velando y guiando nuestro caminar. Descansa en paz, Manolo. Un fuerte abrazo y hasta que nos volvamos a encontrar, entre tanto guárdame un puesto en tu escuadra.

Rogelio. .Tu amigo y camarada



ALBERTO BERTOLÍN FALCÓN

No puedo cantar ni quiero
a ese Jesús del madero
sino al que anduvo en la mar
(Antonio Machado)

Como el poeta, prefiero no recordar mucho al Alberto que en sus dos últimos años de vida nos dio a todos una gran lección de dignidad a la hora de cargar con su cruz, aunque fuera un honor y un gozo ayudarle -uno más entre muchos- a llevarla, y aunque hasta el último aliento su existencia fuera una completa manifestación de intenso apego a la vida. Es justamente esa vida fecunda lo que creo que vale la pena glosar.



Alberto fue para mí y para otros de varias generaciones sucesivas, durante más de 30 años, una persona decisiva en nuestras vidas. Porque hablaba poco, muy poco, de las grandes ideas que nos mueven. Pero con sus actos enseñaba mucho, muchísimo, sobre lo que era servir, estar comprometido con una idea y un concepto de la vida y llenar de sentido la suya haciendo realidad cotidiana todos esos valores que, sin que nos diéramos cuenta, y puede que sin darse cuenta él mismo, nos estaba transmitiendo.

Y es que para él la vida era a la vez sencilla y apasionante: todo consistía en aprender para enseñar a otros, en servir para que otros aprendiéramos a servir y en cantar para que los momentos de aprender y servir estuvieran siempre marcados por la alegría. Por eso, a los que tuvimos la fortuna de convivir con él, nos fue muy fácil comprender que vivir es, sobre todo, estar siempre abiertos a descubrir cosas nuevas, tener una permanente disposición a darse a los demás, no perder jamás la ilusión y buscar siempre aquello que sólo existe si somos capaces de soñarlo y crearlo.

A lo largo de los 36 años que Alberto formó parte de la Organización todo el que le necesitó pudo contar con él. No se recuerda que nadie que acudiera a ofrecerle la oportunidad de servir recibiera jamás una negativa por respuesta, ni tampoco, por cierto, se le oyó la menor queja cuando se decidía, con justicia o no, prescindir de su aportación. Me refiero a cualquier actividad y a cualquier misión: jefe de marchas, mando de unidad en el Hogar o en campamentos, dirigente en cualquier ámbito o área de responsabilidad, cocinero o pinche, profesor en cursos, chófer en largos viajes... Y a muchas cosas de esas que casi nunca se ven pero sin las que nada funcionaría como debe, desde cargar y descargar camiones y furgonetas de campamentos hasta la pesada y siempre triste tarea de vaciar locales en los que se había acabado la presencia de la OJE.

Todo ello sin dejar nunca de lado lo principal, el trabajo cotidiano en Hogar. En el "Asturias" de Barcelona fue piedra angular. Allí todo sigue hablando de él porque la huella del infinito cariño que ponía en todo está en cada cuerda, en cada tienda y hasta en el suelo, las paredes y el tejado. También en

cada uno de nosotros está la marca imborrable, el sello personalísimo que Alberto ponía en todo lo que hacía y dejaba en aquellos para quienes lo hacía.

Recuerdo mil campamentos, mil charlas, mil partidillos, mil reuniones, mil tardes de canción y guitarra, mil conversaciones inacabables al amor del fuego o amparadas por una buena mesa, mil viajes, mil momentos duros en los que siempre encontró la palabra de aliento justa que alguien estaba necesitando. Y las marchas, por encima de todo, las marchas. Alberto convertía en sagrado cada árbol, cada piedra, cada fuente, cada riachuelo, cada sendero. Preparar una salida era para él una obra de arte delicada y transcendental, y eso le permitía describir cualquier itinerario sin olvidar una curva, una subida, una bajada, un recodo o una piedra. Se sabía prácticamente de memoria colecciones enteras de planos topográficos, y podía identificar casi cualquier lugar que conociera con sólo describírselo en apenas un par de frases. Conocía cada tienda del Hogar, marca, modelo, medidas, número de vientos y piquetas y plazas según grados. Cuidaba las cuerdas como si fueran joyas y nos enseñó a hacerlo a otros, y verle explicar a un Flecha las partes de la tienda recordaba a un guía describiendo una catedral que ama. A su lado aprendimos el valor del ahorro y la inversión frente a la obsesión por consumir, y la importancia de no malgastar dinero comprando lo que nos es propio hacer por nosotros mismos.

Tenía tantos amigos porque sin quererlo se convirtió para todos en la mejor referencia de lo que era ser bueno, pero de verdad muy bueno, mucho más que bueno, y humilde, tanto que su mayor orgullo era la lista, larga lista, de discípulos



suyos a los que llegó a tener después como jefes. Pero Alberto lo que de verdad quería era que fuéramos buenas personas, y aunque no creo que conmigo lo consiguiera del todo puedo jurar que en ese empeño nos lo hizo pasar auténticamente bomba, mientras nos llevaba de la mano de la infancia a la adolescencia, nos acompañaba de la adolescencia a la juventud y nos acogía por fin en la edad adulta.

En su último verano, ya muy enfermo e imposibilitado, pasó unos días en Formación de Cuadros para recibir el cariño de la promoción que lleva su nombre. Tuve el privilegio de guiar hasta el mástil su silla de ruedas. Tras desatar la driza intenté pasarla en torno a sus manos, engarfiadas y casi inútiles, y estirar yo del cordel. En un gesto torpe pero firme me arrebató la driza y trabajosamente hizo descender la enseña: Alberto sabía, quizá, que era su última bandera y no estaba dispuesto a dejar que otro la arriase por él. La Nochebuena de 2006, sólo tres días antes de dejarnos, se enfadó porque sus cuidadores no le permitían ir a celebrar la Nochevieja en la nieve, como planeaba. Así era Alberto, y así vivió su vida y su lucha por disfrutarla hasta el final.

Alberto, al que recuerdo como amigo, maestro y hermano, nos enseñó muchas cosas importantes, bastantes de ellas al final de su vida: que nada puede vencernos si no nos dejamos vencer, que se puede sonreír incluso ante lo más adverso, que incluso cuando ya la garganta no es capaz de emitir palabras, se puede seguir oyendo nuestra voz, eternamente joven y, si hace falta, eternamente enfurecida. Que es elección de cada uno vivir la vida o dejar que la vida

nos viva a nosotros, y que la enfermedad puede destruir el cuerpo, pero nunca el alma de quien es capaz de mantener la sonrisa.

Su herencia es una luz que está para siempre dentro de mí, y la fuerza con la que espero ser capaz de alimentarla. Y la creencia compartida de que el sentido de la vida, para quienes creen lo que nosotros creemos, es servir, enseñar, cantar y soñar.



UNA VIDA SIRVIENDO

Alberto Bertolín Falcón. Nació el 26 de diciembre de 1958, ingresó en la OJE el 16 de enero de 1971 y nos dejó al día siguiente de su 48 cumpleaños, cuando le faltaban sólo 20 días para cumplir 36 años de servicio ininterrumpido en la Organización.

Alex Estruch Manjón

IGNACIO VICENTE CASADO PÉREZ "NACHO"



NACHO, nombre por el cual todos le conocíamos, en realidad se llamaba Ignacio Vicente Casado Pérez, permítidme esta pequeña maldad, seguro que, desde las cumbres del Urbión donde reposa, estará ciñendo el rostro, no le gustaba que se le llamara Vicente.

Nacho ingreso en la OJE en 19xx. Ya en su niñez participaba de forma entusiasta en todas y cada una de las actividades, destacando muy pronto por su compromiso y servicio a la OJE, no en vano se ganó una beca para ir a estudiar a Madrid al colegio mayor "Matías Montero".

Su estancia en Madrid tampoco pasó desapercibida, movido por ese espíritu de servicio, compatibilizó sus estudios de Ciencias Políticas, colaborando con la jefatura Nacional, cuando aún estaba en la calle Pirineos.

En Burgos, por los años duros de 1977, años de transición, cuando la Delegación y sus dirigentes nos iban dejando solos, él, con tan solo 19 años, consiguió mantener un equipo, al que podíamos llamar de transición. Se convocó la junta provincial y local de la cual saldría jefe provincial

Charcan, trasladándose la Jefatura Provincial a Miranda, y Juan José, como jefe local de Burgos. Si bien es cierto que Nacho no era jefe local, pues se encontraba en Madrid, era la autoridad moral para todos nosotros, nada se hacía sin contar con él, siempre se hacía presente, bien por cartas o por una llamada de teléfono, él hacía llegar su opinión sobre todas las cuestiones de importancia.

Cuando, en periodos estivales, Navidad, Semana Santa o Verano, estaba con nosotros, impregnaba todo con su personalidad, iniciándose nuevos proyectos, preparando el campamento o el albergue, siempre tenía alguna idea nueva; era como la primavera para las flores, resurgía de nuevo la vida en el hogar.

Sin duda alguna, fue una época llena de proyectos e ilusiones. Se estaba consolidando, no sólo un equipo de trabajo que condujera a la OJE hasta los años noventa, sino la propia Organización en esos años de incertidumbre para la misma.

Como he dicho, un equipo, donde, en muchos casos, fueron quedando atrás aquellos que no vivían la Organización con espíritu de servicio, generosidad y entrega, incluso en algunos casos, más de lo que realmente podíamos, pero era una época difícil, cualquier sacrificio era insuficiente. Para él todo era posible, se entregaba en cuerpo y alma, y también exigía que lo hiciéramos los demás, no sé cómo lo hacía, pero no sólo conseguía sacar a cada uno de nosotros lo mejor que llevábamos dentro, dando oportunidades, desarrollando nuestras capacidades, sino que, lo hacía en un ambiente de alegría y entusiasmo desbordado. Siempre persiguiendo el



mismo fin, consolidando y creciendo nuestra presencia en la sociedad burgalesa.

Tras su paso por el servicio militar, en Ceuta, en el cuerpo de Regulares, regresó a Burgos, ocupando, ahora sí, el cargo de jefe provincial. Iniciándose proyectos muy importantes, como el rescate de la OJE de Aranda, a principios de los 80 y el de la OJE de Palencia, a mediados de la misma década, sin olvidar actividades como la Promesa Interprovincial del Parral, Belén viviente itinerante, primeros Cursos de Monitores, Legalización de la Escuela regional Fernando Soto Campos, o la infraestructura como la del campamento provincial de Ahedillo o la compra del Hogar San Juan. El Hogar San Juan, junto con el local de la calle Santa Agueda, nos proporcionó una gran estabilidad, dejando de estar en precario, al ocupar, hasta entonces, locales del Instituto de la Juventud.

Si los años 80 significaron años de expansión para la OJE Burgalesa, también los significó en su vida personal y laboral. En 1984 comenzó una andadura laboral en Supermercados Sabeco, donde llegaría a ocupar importantes cargos en su dilatada carrera profesional,. Si esto fue importante, más lo fue su matrimonio con Marta, del cual dejaría su mejor legado, sus tres hijos, Manuel, Nacho e Iris, todos ellos en cargos de responsabilidad en la OJE de Burgos.

Si este periodo fue largo y fecundo, dio paso a su estancia en Zaragoza, donde siguió aportando sus grandes dotes y cualidades a la OJE. En esta ocasión, para la Jefatura Nacional, ocupando la Secretaria de Tesorería. Colaboró

estrechamente con José Ignacio, Jefe Nacional. En estos años, los 90, se llevaron a cabo importantes retos, en una época muy difícil para la Jefatura Nacional, pues no contaba con medios económicos, y se transferían las competencias de juventud a las Regionales. Destacaremos proyectos de gran envergadura, como fué la puesta en marcha del Campamento de Mombeltrán, el comienzo del Plan de Armonización Contable, la cuota de afiliado. Todo esto, sin duda significó un gran esfuerzo, en la situación personal en la que se encontraba. Una vez más, demostró su sentido del deber y servicio a ésta, nuestra Organización.

Su paso, por motivos laborales, por Marruecos, significó un alejamiento físico de la OJE, solo físico, pues su corazón siempre estuvo con nosotros, informándose de todos los acontecimientos de la Organización. Este periodo, de algo más de dos años, dio paso a su estancia en Canarias, donde también dejó su huella, aportando su buen hacer en el área de administración.

De vuelta a Burgos, por un corto periodo de tiempo, no podía dejar de hacer algo por la OJE, si bien ya no contaba con la edad para ocupar responsabilidades de hogar, rescató el viejo periódico de la OJE Burgalesa "Don Tritonel" que, por un breve periodo, vio de nuevo la luz.

Nuevamente, y movido por ese espíritu de emprendedor, inició un nuevo proyecto empresarial en Marruecos. En esta ocasión, sin los resultados previstos, significó un desgaste personal importante.



F de ORO de la ORGANIZACIÓN JUVENIL ESPAÑOLA

De nuevo en Burgos, y encauzando su vida profesional y familiar, le vino a buscar la sombra, negra y oscura, con guadaña en mano, arrebatándonos de esta vida a un inmejorable AMIGO, Y CAMARADA.

Iñaki

